

—¡Cómo has cambiado, Pepe!

—Calla, calla. Ya sé que estoy gordo y calvo. No me lo recuerdes. Tú, en cambio, estás igual.

—Sí, igual de envejecido. Además estos días estoy fatal. Me ha afectado mucho lo de Jesús.

—Es que ha sido horrible, realmente espantoso. ¿Te has enterado de que puede ser un asesinato?

—Sí, ayer o anteayer me lo comentó un compañero. A mí me extrañaba lo del suicidio porque estaba muy animado y muy bien... Pero lo del asesinato no lo entiendo. No entiendo quién puede ser y, sobre todo, por qué.

—Me ha dicho Teresa que estaba preparando un artículo sobre la «jet-set». ¿Tú sabes algo de eso?

—Sí. Se lo encargó hace un mes o dos el director de la revista. A él no le apetecía nada ese tema: le daba pereza y no soportaba tener que tratar con esa gente tan «snob» y superficial. Pero tú ya sabes lo que pasa: te lo encarga el director y lo tienes que hacer tanto si te gusta como si no.

—¿Qué tal le fue el viaje a Marbella?

—Yo creo que bien. Volvió cansado y me comentó pocas cosas.

—Oye, Juan Luis, ¿a ti te importaría buscar todos los papeles que tenía Jesús sobre este asunto, hacer una fotocopia y dármelos?

—No faltaba más. Ahora mismo, cuando acabemos de comer, subimos al despacho, los buscamos y hacemos una fotocopia.

—Perfecto. Oye, ¿ha ido Romerales por la revista?

—No.

A Pepe le sorprende que Romerales no haya